

demonios muertos á traicion, que hacer penitencias, sacrificios y abluciones. El motivo de estas luchas era la posesion de un licor, llamado amrita, especie de néctar que daba la inmortalidad. Para obtenerlo era preciso batir el agua del Océano, lo cual hacian los vestiglos y genios malignos con la montaña Mandara, arrancada de su puesto con el auxilio de Ananta, rey de las serpientes. Esta montaña, apoyada en el fondo del mar sobre la concha de una gigantesca tortuga, sirvió como de molinillo, cuyo movimiento rápido produjo fuego; Indra lo apagó con una lluvia, y se quedó despues con el licor, dejando burlados á los que lo habian hecho. Esto fué el origen de una lucha por demás feroz, quedando vencedor Indra y, por lo mismo, señor de los tres mundos, cielo, agua y tierra. De estos y otros pasajes resulta que Indra, de divinidad vaga del firmamento se habia convertido

en dios personal, porque así lo pedia la inteligencia del pueblo, que queria dioses á su imágen. En el *Mahá-Bhárata* Indra es un rey como los de la tierra, bien que mucho mas poderoso y rico. Ser otro Indra era, por lo mismo, la lisonja mayor que podia dirigirse á Yudishtira y á otros soberanos. Como ellos, Indra es guerrero y aprecia á los valientes que no vuelven nunca la espalda al enemigo; como á ellos, le gustan las grandes fiestas religiosas, con los sacrificios, larguezas espléndidas y ostentacion régia; como ellos, aparece bajo resplandeciente quitasol, la frente ceñida de diadema y brazaletes de oro. Su túnica ó manto es de color oscuro (1) y nunca se deposita polvo sobre la vestimenta del dios, cuyo cuerpo tampoco produce sudor, ni arroja sombra, ni toca en el suelo aunque esté de pié. Las armas que usa Indra en el poema son la lanza, la maza (el trueno) y el arco; además



El lago y templo del valle de Bim.

lleva por clarin un cuerno marino. Su carro es, como en los himnos védicos, de oro engastado de piedras preciosas; sus corceles de color bayo y su bandera azul oscura. Desde léjos se oye el ruido sordo de las ruedas de su carro entre los truenos, el agudo sonido de las campanillas de los jaeces, la música de los gandarvas y los cánticos de las apsaras, que bailan y jueguetean alrededor del poderoso dios, sentado en su carro.

En algunos pasajes del poema, añadidos evidentemente en época relativamente moderna, el dios Indra visita á sus protegidos de este mundo, en cuyas ocasiones va montado en un soberbio elefante, que por lo general tiene su puesto á la entrada del palacio celeste del dios. Este palacio con su sala del trono y sus jardines, en que reinan eterna primavera y agradables brisas, en que se oye el cántico de las apsaras y la música de los gandarvas, y en que los árboles están siempre verdes llevando flores y frutas, está flotando en la atmósfera en la ciudad de Indra, llamada Amaravati, á la cual se llega por la montaña divina Mandara. Allí habitan los santos poetas y cantores de himnos y otros bienaventurados; allí no se conocen las penas, ni enfermedades, ni la vejez, ni la muerte. En su sala del trono en medio de todas las delicias está Indra y su fiel esposa Sachi, ó Indrani ó Paulomi, rodeados de los reyes, héroes, cantores y sabios de todos los tiempos, exactamente como los reyes de lá tierra reunen á sus consejeros y reciben en corte.

Indra acude también á participar de los banquetes en los sacrificios que hacen los reyes y sacerdotes; también seduce y engaña á casadas y doncellas mortales, y en una de estas ocasiones oye esta repulsa: «Perverso, apasionado, destructor

de ciudades (de la paz de las familias), pronto dejarán los dioses y los mortales de venerarte.» Es dádivoso como corresponde á un rey, regala á los mortales sus amigos carros, armas y tesoros; á Karna da sus armas, menos su maza tonante, pero en cambio le ha de dar éste su coraza y sus anillos (2); en fin, el dios Indra del *Mahá-Bhárata* es mas individual y mas hecho á semejanza de los mortales; tan solo le ha quedado la cualidad que los pueblos en su estado primitivo atribuyen al temido espíritu de la naturaleza, de la atmósfera, de la oscura y misteriosa selva y de la noche: la de tomar las formas mas diversas, de animales y objetos inanimados, de hacerse grande ó pequeño, jóven ó viejo, negro ó blanco, etc.

Como desde la antigüedad mas remota los indios aryas tenian la creencia de que el hombre virtuoso y puro podia á fuerza de abstinencias y meditaciones llegar á elevarse sobre la humanidad, acercarse á la divinidad y adquirir fuerza divina, creencia y práctica que despues, al fin de la época heroica, fueron desarrolladas, perfeccionadas y reglamentadas hasta la nimiedad por los brahmanes, esta ambicion de los mortales no convenia á los dioses, y mucho menos á Indra, que por lo mismo procuraba desviar á los ascetas mas temibles de su vida espiritual, para lo cual, cuando la persuasion, las promesas y otros medios no surtian efecto, se servia de las seductoras apsaras, que prácticas en todas las artes del amor, se aparecian como por casualidad á los virtuosos asce-

(1) Querrá decir de púrpura ó morado. La lingüística prueba que la humanidad no ha distinguido en épocas pasadas de su desarrollo todos los colores que hoy distingue.

(2) Cosidos á la cota de cuero ó de lienzo.

tas y acababan por hacerles pecar en la mayor parte de los casos.

Esta materialización y esta vulgarización del dios se efectuaron gradualmente; en el primer período de la época heroica era Indra el dios de las batallas, el inventor de las corazas, del arco y de las flechas, el destructor de las plazas fuertes y de los enemigos de sus protegidos; el cielo de Indra era el paraíso de los héroes muertos en el campo de batalla; ir por el camino de Indra era morir combatiendo con las armas en la mano. Arxuna en su viaje al cielo de Indra, y Yudishtira, que fué llevado allí vivo por Indra en su carro resplandeciente, como había llevado días antes á Visvamitra, quedaron sorprendidos al ver en aquel cielo á sus enemigos mas irreconciliables; pero les dijeron luego que allí no cabía la enemistad. Allí los bienaventurados bebían la amrita conquistada por Indra y se hacían inmortales. En resumen, Indra era en la época heroica para los arya-indios el dios supremo.

El segundo dios en importancia en aquella época era Agni, el Fuego, que sigue por lo común al rayo, por cuya razón es compañero inseparable de Indra y ayuda á destruir los castillos fuertes y madrigueras de los enemigos y de los gigantes y vestiglos que habitan las selvas. Una sola vez riñó con él Indra, cuando Agni facilitó á Arxuna y á Crishna las armas (el fuego) para destruir la selva de Khandava en provecho de la humanidad. Indra, por el contrario, quería conservar la selva, morada de Taxaka, el rey de las serpientes. Esta fábula se basa probablemente en un suceso verdadero que resultó ser un bien para los habitantes de todo el país, por ser aquella selva madriguera de innumerables serpientes y otros animales peligrosos.

A veces se separan Indra y Agni, y entonces se buscan inquietos hasta que se encuentran y se reúnen otra vez. En una ocasión Agni tuvo que ocultarse, á causa de una maldición que le lanzaron, en el árbol llamado *sami*, cuya madera sirve para producir fuego frotándola rápidamente con otra mas dura; alegorías todas que es ocioso explicar, como lo es también la voracidad é insaciabilidad, la omnisciencia y omnipresencia que la tradición atribuye al dios Fuego. Esta voracidad le hará en su día, cuando llegue el fin de los tres mundos, devorar toda la tierra.

Como el fuego purifica, era natural que se atribuyera á Agni esta virtud; pero la tendencia á materializar las divinidades se advierte también en ésta, si bien debe de ser una adición del último período de la época heroica el pasaje del *Mahá-Bhárata* donde se dice que Agni se manchó en un banquete funerario y que avergonzado y disgustado se ocultó en el mar. El culto de Agni no menguó en la época heroica; como en la anterior, se le invocaba en todas las situaciones de la vida; se le veneraba en el fuego del hogar, diariamente y en todos los sucesos. Crishna le invoca al empezar la tarea del día y al emprender un viaje, y cuando Yudishtira se retira á la soledad, hace llevar delante de sí el fuego sagrado. En una palabra, Agni continúa siendo en el poema épico el amigo, el guía y el consuelo del mortal y del hogar. Agni, como todas las divinidades indias y como en la época védica, es también guerrero, y el *Mahá-Bhárata* le describe colocado en su carro manejando el arco y el disco. También le atribuye amores ilegales, no obstante tener una esposa legítima, llamada Svaha, la Bendición, y le da la cualidad de metamorfosearse; pero con todo, no llega Agni á tener una personalidad tan marcada y materializada como Indra. No tenía morada fija, ni menos palacio ni corte como Indra.

Yama, el primer mortal que enseñó á los demás el camino del otro mundo por la muerte, tiene en el gran poema un carácter mucho mas marcado, pero también mas terrible que

en los himnos védicos; porque es el dios de la muerte y el juez tremendo de las almas en el otro mundo. Su cetro es la agonía y su visita á las moradas de los mortales, la muerte.

A pesar de los horrores de la muerte, que desean evitar el hombre mas valiente como el mas mísero de los mortales y hasta el anciano mas caduco, que ninguna alegría ni goce puede ya esperar en este mundo, vemos en el *Mahá-Bhárata* á Duryodana sin esperanzas de vida, vencido, sin reino, con el muslo roto y todo el cuerpo magullado, abandonado en solitaria selva y rodeado de hambrientas fieras, bendecir repetidas veces su suerte, reconociendo en lo que le ha pasado la voluntad de un creador y director inescrutable é inflexible. De la misma manera vemos que se consuelan otros personajes que han perdido sus deudos mas queridos. Este creador y director, cuya voluntad es el destino divino é incontrastable, se llama en el poema Dhatar, que significa algo como legislador, el que determina y fija el régimen del mundo y de cada sér. En el período védico mas antiguo se conocía, según vimos antes, una regla y orden, llamado *ritam*, que observaban los mismos dioses y la hacían observar á los mortales; pero este orden establecido no es el destino ni la ley superior divina, porque en aquella época, á juzgar por los himnos, cada divinidad, sin exceptuar las inferiores, gozaba de un poder ilimitado. La imaginación del pueblo las multiplicaba considerando sus cualidades, atributos y sobrenombres como otras divinidades sueltas; mas á ninguna se atribuyó la fuerza del destino porque la idea de un creador, organizador, legislador y director del mundo, no cabía entonces todavía en la mente de los arya indios. Esta idea sin embargo debía nacer inevitablemente y generalizarse; y así vemos que al fin de la época védica aparece ya en los himnos y en los escritos brahmánicos mas antiguos el nombre y la idea clara del Dhatar que dispone todas las cosas y es creador del mundo, fundador y conservador del orden universal. Dhatar ya no es una divinidad ni mucho menos un dios personal como los otros, sino el poder divino supremo, aunque por lo pronto los arya-indios solo lo imaginaron bajo el aspecto del destino, idea que estaba muy á su alcance como jugadores de dados y aficionados á echar suertes. En el *Mahá-Bhárata* ya vemos figurar al Dhatar completo, creador y director supremo del mundo, pero á su lado figura el dios Brahma con atributos idénticos. Esta es evidentemente una adición introducida en el poema por los brahmanes mucho despues de su primera redacción, porque este dios Brahma no ha sido nunca, ni en la época heroica, ni antes ni despues, un dios popular, ni lo es según parece tampoco ahora.

En cambio han sido siempre y son todavía hoy dioses populares Vishnu y Siva, á los cuales la tradición, los antiguos himnos védicos, los escritos brahmánicos mas antiguos y el *Mahá-Bhárata* hacen también dueños y directores de los tiempos, del mundo y del destino, bien que al principio solo de un modo indirecto, sin que se les venerara bajo este aspecto directamente.

Vishnu era en el período védico otro dios Sol, es decir, una parte ó aspecto de la divinidad venerada en el sol. Por el movimiento aparente de este astro el hombre dividió el tiempo; y como el sol da vida á todos los organismos, por eso Vishnu representaba ya en la época védica la ley del orden universal y al propio tiempo era distribuidor y conservador de las vidas y bienhechor de todo lo viviente. Era ya en aquella época remota inmortal, es decir, imperecedero, como lo ha sido siempre el sol en la imaginación del pueblo excepto cuando nació la idea de la destrucción final del mundo. Los antiguos himnos védicos le cantan ya bajo todos estos aspectos y muchos otros análogos; entre ellos como compañero de Indra, al cual auxilia, según tradición de época



Estatua de Visnú en Badami